

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 241

En este instante santo llega la salvación.

Comentario de Sarah:

Ahora nos ocupamos de la pregunta “**¿Qué es el mundo?**” (L.PII.P3) Nuestras percepciones actuales se basan en la creencia de que el mundo es real y es la causa de nuestras dificultades. Si esto fuera cierto, estaríamos efectivamente a su merced. Pero el mundo es ilusorio. Su origen se basa en el sistema de pensamiento de separación del ego, con el pecado, la culpa y el miedo en su núcleo. El pecado, la culpa y el miedo, proyectados desde la mente errónea, fabrican un mundo de tiempo y espacio. El pecado refleja la creencia de que hemos hecho algo malo en el pasado. Ahora nos sentimos culpables en el presente y tememos el castigo en el futuro. Mantenemos la creencia de que hemos hecho algo terriblemente malo y, por lo tanto, hay algo inherentemente malo en nosotros. Jesús dice que, como resultado, vivimos en un estado de desasosiego y de miedo atormentado. “**¿Y de dónde procede, te preguntas, tu extraño desasosiego, tu sensación de estar desconectado y tu constante temor de que tú no signifiqués nada? Es como si hubieses llegado hasta aquí a la deriva, sin ningún plan, excepto el de seguir vagando, pues sólo eso parece seguro.**” (T.22. I.1.6-7) (ACIM OE T.22.II.5)

Es importante ver cómo hemos sido atrapados en este sueño que no tiene ninguna realidad en verdad. Jesús nos dice enfáticamente: "El mundo no existe". Sin embargo, dice que nuestra experiencia en el mundo puede ser muy útil al servir para un propósito diferente al que le damos. Podemos utilizarla como aula de aprendizaje para deshacer nuestras falsas percepciones. Ahora todo en el mundo tiene un propósito importante para deshacer nuestras percepciones erróneas, en lugar de reforzar nuestras creencias de mentalidad errada sobre nosotros mismos. Todos los acontecimientos de nuestra vida se convierten en el plan de estudios para sanar nuestras percepciones erróneas sobre nosotros mismos y el mundo.

“El mundo es una percepción falsa. Nació de un error, y no ha abandonado su fuente.” (L.PII.P3.1.1-2) Jesús enseña que las ideas no han abandonado su fuente en la mente. Así, la fuente de este mundo es la falsa idea que tenemos de que hemos dejado nuestro hogar en el Cielo y que ahora estamos separados de Dios, vagando perdidos y solos en un mundo ilusorio de tiempo y espacio. Es un pensamiento erróneo porque no podemos dejar la Mente de Dios ya que las ideas no abandonan su fuente. Como una idea en la Mente de Dios, no podemos dejar nuestra Fuente (Dios) excepto en sueños. Creyendo que hemos dejado nuestra Fuente, nos hemos perdido en el sueño, olvidando que somos el soñador. Todo lo que surge en la mente errónea del ego ya no es verdad, pues todo proviene del falso yo. Así, el mundo proyectado desde la creencia en un estado separado no tiene ningún fundamento en lo real. No es más que una proyección del sistema de pensamiento del ego.

En realidad, la separación nunca ocurrió. Todavía estamos en casa con Dios, soñando que hay un mundo fuera de nosotros. Aparecemos como figuras de ensueño, interpretando papeles inventados con otros que también interpretan papeles en nuestro drama. La fuente de este sueño es nuestra propia mente, y por lo tanto es una ilusión que no durará más allá del pensamiento que le dio origen. Refleja nuestra creencia inconsciente de que hemos pecado contra Dios y que ahora somos indignos de Su Amor. **“Cuando el pensamiento de separación haya sido substituido por uno de verdadero perdón, el mundo se verá de una manera completamente distinta; de una manera que conduce a la verdad en la que el mundo no puede sino desaparecer junto con todos sus errores.”** (L.PII.P3.1.4)

No es diferente a un sueño nocturno en el que nos despertamos y nos damos cuenta de que nada de lo que parecía haber ocurrido en el sueño era cierto. Todo en el sueño provenía de nuestra propia mente. Cuando nos despertamos, vemos todo desde otra perspectiva. Vemos que no ha ocurrido nada real. Seguimos siendo como éramos antes de caer en este estado de sueño. Esto es algo análogo a cómo podemos ver el sueño de este mundo separado en el que pensamos que somos cuerpos con características únicas como individuos, todos diferentes y separados unos de otros y separados de Dios. Cuando salgamos completamente de este sueño que hemos tomado tan en serio, el mundo se desvanecerá. Será entonces el sueño feliz de la mente despierta. Hasta que lleguemos al sueño feliz en el que se deshace el sistema de pensamiento del ego, el mundo puede servir un poderoso propósito para sanar la mente.

La lección de hoy trata de nuestra responsabilidad, si decidimos aceptarla, de liberarnos a nosotros mismos y al mundo mediante el perdón. Se necesita fe para aceptar que a través del perdón se puede cambiar la forma en que experimentamos el mundo. De hecho, ese es el único cambio posible. Por eso Jesús dice: **“Éste es un tiempo de esperanza para millones de seres.”** (L.241.1.6) El resultado de nuestra decisión de perdonar nuestras falsas percepciones está más allá de nuestra capacidad de percepción. Sólo tiene sentido desde la perspectiva de que sólo hay Una Mente. Como obradores de milagros, debemos aceptar la Expiación para nosotros mismos. Cuando aceptamos la Expiación (Corrección) en nuestra propia mente la aceptamos para todos. Así es como la sanación ocurre para incontables millones de personas, ya que somos Uno.

En el estado del sueño feliz, todavía estamos en el mundo, pero lo experimentamos desde fuera del sueño. A medida que retiramos cada vez más el significado de los acontecimientos del mundo, lo vemos como la ilusión que es. Ahora somos testigos de los acontecimientos de nuestra vida, en lugar de identificarnos con las figuras del sueño. Como testigos, podemos pasar por experiencias que parecen dolorosas, perturbadoras y angustiantes y no involucrarnos en ellas. Estamos alejados de ellas, ya que nos convertimos en observadores de la experiencia por encima del campo de batalla. Las presenciamos sin juzgarlas, y tampoco a nosotros mismos. Como dice Ken Wapnick, podríamos vernos sentados junto a Jesús en el cine, observando nuestras vidas en la pantalla como podríamos ver una película. La actividad en la pantalla no es nuestra preocupación. Es sólo la película de nuestras vidas, que es un montón de imágenes sin ninguna realidad. Nuestra realidad es más bien algo así como la pantalla que no se ve afectada por la película que se proyecta en la pantalla. Lo importante es ver la película de nuestra vida sin juzgarla.

El contenido de este mundo es el miedo, por muy bonita que nos parezca a veces la ilusión. El suelo bajo nuestros pies parece sólido, pero el mundo no tiene nada de sólido. Es un lugar de decadencia y destrucción, donde la muerte prevalece y todas las cosas finalmente se pudren y desaparecen. Es un mundo en el que creemos que necesitamos protección, y por eso levantamos defensas. Es un mundo de ataque. **“El mundo se fabricó como un acto de agresión contra Dios. Es el símbolo del miedo. Mas ¿qué es el miedo sino la ausencia de amor?”**

(L.PII.P3.2.1-3) No es real. Jesús dice: **“Fuera del Cielo no hay vida.”** (T.23.II.19.1) (ACIM OE T.23.III.37) Si aceptamos esto, entonces no debe haber vida en este mundo! **“Fuera del Cielo la vida es imposible, y lo que no se encuentra en el Cielo no se encuentra en ninguna parte. Fuera del Cielo lo único que hay es un conflicto de ilusiones, de todo punto insensato, imposible y más allá de la razón, aunque se percibe como un eterno impedimento para llegar al Cielo. Las ilusiones no son sino formas. Su contenido nunca es verdad.”** (T.23.II.19.6-7) (ACIM OE T.23.III.37)

Tomamos las formas del mundo como realidad y no reconocemos el contenido de culpa y odio que encierran. Si lo hiciéramos, ¿las seguiríamos queriendo? Jesús nos pregunta: **“¿Puedes acaso darle vida a un esqueleto pintando sus labios de color rosado, vistiéndolo de punta en blanco, acariciándolo y mimándolo?”** (T.23.II.18.8) (ACIM OE T.23.III.36) Esto es lo que aparentemente hacemos, dejándonos engañar por la apariencia y perdiendo de vista el contenido del odio. Intentamos hacer creer que es un mundo hermoso con sentimientos encantadores, como se expresa en la canción "What a Wonderful World". En cambio, se nos dice que es un mundo nacido del error. La causa del mundo es el error en la mente. Por lo tanto, no es una creación de Dios. El mundo no permanecerá más que el pensamiento que le dio origen. Cuando el pensamiento de la separación ya no sea valorado, el mundo no será más. Entonces debe desaparecer cuando la culpa en la mente sea sanada.

En lugar de la Unidad del Cielo, donde no hay nada que percibir, tenemos un mundo de dualidad donde **“nacieron los mecanismos de la ilusión.”** (L.PII.P3.3.1) Estos mecanismos son nuestros sentidos, que reportan el mundo como real. Dios no creó nuestros cuerpos ni nuestros sentidos corporales. **“Mas los ojos engañan, y los oídos oyen falsedades. Ahora es muy posible cometer errores porque se ha perdido la certeza.”** (L.PII.P3.2.6-7) Su propósito es engañarnos dando testimonio de algo que no existe. Nos parece real porque los ojos y los oídos devuelven la información al cerebro, convenciéndonos de que lo que vemos está "ahí fuera" y no es una proyección o alucinación de nuestra propia mente. **“No obstante, no informan más que de ilusiones, las cuales se mantienen separadas de la verdad.”** (L.PII.P3.3.4) La verdad ahora parece una mentira, y la ilusión se siente real y sólida.

La elección que hicimos en favor del sistema de pensamiento del ego resultó en la culpa. Como la culpa en la mente es tan insoportable, se fabricó el mundo de lo específico, donde la culpa puede proyectarse en las formas de este mundo y verse fuera de la mente. Es un mundo de diferencias y de víctimas y victimarios. La proyección fue ofrecida por el ego como la solución para deshacerse de la culpa en la mente. Aunque es una solución conveniente para el ego, es desastrosa para nuestra mente. Lo que el ego nos oculta es que proyectando la culpa es como la mantenemos. Nos han engañado haciéndonos creer que, al ver a los demás culpables, podemos "comprar" nuestra inocencia a costa de ellos. Es un plan brillante del ego. El único problema es que no funciona. Nunca podremos alcanzar la inocencia culpando a los demás y viéndonos a nosotros mismos como víctimas y tratados injustamente. Todo lo que esto hace es mantenernos invertidos en la identificación con el falso yo. El mundo es ahora visto como la realidad, y el Amor de Dios es visto como ilusorio.


Cuando Jesús dice: **“Pues hoy tú me perdonarás a mí.”** (L.241.1.8), mi primera reacción es preguntarme por qué hemos de perdonarle. En efecto, con cada hermano que perdonamos, Jesús, como parte de la Mente Única, también está siendo perdonado, como todos nosotros. Cada acto de perdón con cualquiera trae el perdón a todos. Nuestra función es superar el mundo como lo hizo Jesús, no tratar de cambiarlo. Como dice David Hawkins, el mundo es un lugar de máxima oportunidad kármica donde podemos llegar hasta la iluminación. La oportunidad que tenemos en el mundo es máxima para nuestro despertar, lo que significa que, en cada acontecimiento y

cada circunstancia de nuestra vida, por muy desafiante que parezca, hay un potencial máximo de sanación.

La Lección de hoy es de esperanza y de liberación de la creencia en el victimismo y el karma. Podemos despertar de este sueño. Todo lo que necesitamos para la sanación está siendo proporcionado. Cuando aplicamos los medios que se nos dan en el Curso, nuestro despertar es seguro. No hay necesidad de retrasarlo, ya que sólo causa más sufrimiento. Este es el día en el que podemos elegir traer la liberación a este mundo oscurecido, para que las penas puedan realmente pasar, y el dolor se vaya. Nuestra curación puede marcar una enorme diferencia en el mundo.

Depende de nosotros aceptar el don de la curación y ser un ejemplo de sanación extendiendo Su Amor y Luz a todos los que encontremos. Así es como volvemos a Dios. **“Ahora nos hemos perdonado los unos a los otros, y así podemos por fin regresar a Ti.”** (L.241.2.1) Ese es nuestro camino de vuelta a casa. Y sí, no necesitamos esperar. Todo cambia cuando todo nuestro propósito se centra en la sanación a través del perdón. Elegimos el Cielo o el infierno en cada momento y en cada decisión. La salida es perdonar. Cuando perdonamos, negamos el poder de la ilusión, liberamos los resentimientos y elegimos la alegría. Perdonamos cada confusión, cada sensación de fracaso, cada proyección, cada vez que necesitamos tener la razón, cada vez que intentamos que los demás lo hagan a nuestra manera, cada miedo, cada sensación de autojustificación, cada juicio que tenemos contra alguien, cada caso de intolerancia, cada falta de amor, cada mentira, cada implicación en asuntos que no son de nuestra incumbencia, cada falta de compasión, cada vez que nos sentimos separados y solos, cada vez que nos involucramos en chismes, cualquier juicio que tenemos contra nosotros mismos, y cualquier momento en que nos vemos superiores a alguien. Es una decisión en favor de la paz en lugar de la guerra. Nos ofrece un profundo salto adelante.

Acepta hoy el regalo de la sanación. Este es el regalo que aceptamos para el mundo. Esta es la esperanza para todos nosotros. Centrémonos hoy en este profundo deseo de reconciliación. ¿Con quién tienes problemas? ¿Con quién tienes resentimientos hoy? Recuérdate a ti mismo: **“En este instante santo llega la salvación.”** (L.241) porque he elegido el perdón en lugar del ataque. Hoy nos recordamos que mantenemos el deseo de paz como algo más importante que cualquier conflicto. Cada vez que elegimos el perdón, aportamos más iluminación a este mundo cansado. Reconocemos el amor que somos cuando liberamos la inversión en la historia del ego.

Amor y bendiciones, Sarah 
huemmert@shaw.ca